



Porque es una afrenta directa contra uno de mis propósitos pubescentes: aquel que dicta la construcción, sobre todas las cosas, de una identidad fija. Porque me aterra y, a partes iguales, me irrita. Porque, en realidad, no me había detenido a pensar en el asunto hasta el momento en que, animados por la fiesta colectiva, se me instó a hacerlo y rápidamente pensé en las maneras de apaciguar la sensación. ¿Qué otro ser ficticio es moreno, de estatura baja y tiene el mismo perfil aguileño? ¿Qué otro igual a mí? ¿Qué otro extraño que no represente la amenaza suficiente en el caso de verme transmutado en él? Preguntas todas que me dirigían a la creciente sospecha de que, quizá, no estoy ni estaré jamás preparado para el ritual. Quiero decir: no veo mundo posible en el que, brocha en mano, me extienda algún polvo blanco por el rostro y, acto seguido, aplique pintura en facciones, boca o nariz. No existe dimensión alterna en la que, festivas y sudorosas, la peluca o nariz de plástico colocadas con sumo cuidado se muevan, ya entrada la noche, en direcciones múltiples al *tempo* de un *beat* hueco. Observo las diversas procesiones de personajes de Disney o anime caminando en cuadrillas por la calle, y no puedo evitar sentir una lástima que, mirada de cerca, se asemeja más a la envidia; a una curiosidad recalcitrante de aquellas cosas que jamás viviré, quizá no por otra causa más que la de la vergüenza.

La mía comenzó muy joven, ante la aparición del deseo errático, acaso convencional, en toda relación de afecto. Habría que taponar aquellas faltas, pensé; suplir de alguna manera las razones sospechadas del abandono. Ante la imposibilidad de

corregir los ángulos toscos y el color de piel, entonces habré de escoger la capa más superficial. Observar el punto focal de lo deseable. Así fue algunos años. Luego llegaron las primeras figuras a las que me aferré con convencimiento propio y solo fue cuestión de añadir aquello que compaginara con lo esperado de un varón de nuevo siglo: la cantidad exacta de sensibilidad acompañada de un poco de estilo de los cincuenta. Una mezcla que apela al futuro y que, al mismo tiempo, voltea a la tradicionalidad de mis congéneres; esa que nunca se desprende a pesar de la radicalidad de algunos movimientos de nuevas masculinidades.

Ahí encontré mi hueco de seguridad, el halago recurrente y el encumbramiento de mi condición porque, al ser parte de mi género, es cosa sencilla acostumbrarse a la adulación por divergir en lo mínimo esperado. Pronto pude ser yo, en cambio, quien decidiera de qué manera efectuar la huida; a quiénes escoger, y no ser escogido. Pero el misticismo nunca dura lo suficiente. Es imposible suplicar cariño y que el método de convencimiento sea solamente la exterioridad de la ropa o el largo del cabello.

Por eso odio el artificio de octubre. Siento repele a las fotos donde desconocidos emulan ser el personaje de horror más reciente y tengo particular antipatía por los disfraces de pareja. Pienso, con mirada de desempleado o padre soltero: ¿cuánto dinero se fue al drenaje por aquel capricho de una o dos noches? No son, claramente, como yo, que considero la ropa un propósito extendido y persuasivo a lo largo de los meses o años que me duren este suéter tejido, estas gafas redondas en tendencia.

Rehúyo a esa parcial homogeneización de la extravagancia. Desconfío de los miles que se reúnen en salones de eventos y de los otros cientos que pasean por las calles como afirmando: “estoy aquí, y soy diferente”. No lo entienden. Dicha labor se efectúa en silencio, como si no quisiéramos hacerlo notar; ruborizándonos mansamente cuando alguien más lo hace, y negando. Siempre negando.

Es un acto tan delicado hacerse pasar por otro. Casi un arte. Es el rito de la falsa modestia, y como todo rito, lleva siglos fraguándose, distribuyéndose entre quienes de antemano saben que pueden y desean obtener lo negado. La democratización de esta tarea, pienso, no debe extenderse.

De lo contrario, me vería arrinconado contra el monolito de *fast fashion* y todos lo sabrían. Todos sabrían que este engaño –este accesorio, este nuevo corte, y esta botita de cinco centímetros– no sirve más que para ocultar una necesidad de afianzar el deseo. Bien mirado, todos lo verían: que es cadáver, polvo, sombra. Y es nada.